

*NECROLOGIA*

EL EXCELENTISIMO SEÑOR DUQUE DE ALBA: DON LUIS  
MARTINEZ DE IRUJO Y ARTACOZ

POR

FEDERICO SOPENA



EXCMO. SR. D. LUIS MARTÍNEZ DE IRUJO Y ARTACOZ, DUQUE DE ALBA

**E**N la mañana del entierro de nuestro Director, el decano Sr. Moreno Torroba me encargó que escribiera esta breve semblanza para ser leída en la sesión necrológica. Quisiera contar exactamente como Secretario, evocar tiernamente como amigo y, al mismo tiempo, acercarme en lo posible a la voz unánime de la Academia.

A mediados de julio tuvimos la primera noticia de la agravación del Duque. Poco antes de terminar el curso académico sentaba a su mesa del palacio de Liria a la Sección de Pintura: se trataba, y el logro tenía plena garantía desde la convocatoria, de una reunión informal pero para crear un ambiente cara a la provisión de las vacantes. Antes del almuerzo le pregunté por su cojera, que repentinamente notara; le quitó importancia, pero no sin una expresión melancólica. Me preocupó la acrecentada palidez, ese “no color”, esa como despedida y entrada en lo terroso que es el síntoma infalible de la enfermedad incurable. Comunicué a mi hermano médico lo de la cojera y me dijo que era el fatal síntoma de la última etapa de la leucemia. Luego el silencio, porque ya antes de marchar al hospital de Houston no recibió ninguna visita.

Con la pena de lo irremediable, pero esperando contra toda esperanza, emprendí un largo crucero por el Báltico camino de Leningrado y de Moscú. Era mi compañero de viaje el ilustre historiador y director de la Real Academia de la Historia, respetado maestro y entrañable amigo, Don Jesús Pabón. El tema dominante de nuestra conversación versaba sobre la salud de nuestro Director. Como es sabido, en los mismos planes de reforma reglamentaria común, el Duque de Alba, desde la presidencia del Instituto de España, había buscado y encontrado el apoyo de un hombre como Pabón, implacable en la búsqueda del rigor de la exactitud. En los

días del viaje marítimo nuestra conversación daba vueltas y más vueltas al decisivo papel del Duque de Alba, pues resultaba decisivo por lo providencial, dada la innegable crisis de la vida académica. Era angustiosa nuestra llegada a cada uno de los puertos, pues en caso de acentuarse la gravedad hubiéramos interrumpido el viaje. Las noticias eran de estacionamiento y de nuevas medicaciones, lo cual no hacía sino defendernos contra la evidencia. El mismo día de mi llegada a Madrid, sólo con el intervalo de dos horas, pasé de la noticia de la mejoría a la noticia del fallecimiento. Corrí al palacio de Liria. Desolación. Más museo que nunca me parecían, viudas también, las grandes salas del primer piso. Allí habíamos ido muchas veces, y en las recepciones o comidas vivíamos, o mejor dicho participábamos, de una historia que se venía a los ojos y a las manos con la más hermosa familiaridad: el recuerdo se hacía congoja para mí, pensando en que una de las últimas recepciones multitudinarias, recepción de casa abierta a todo el que había felicitado, fue con motivo del bautizo, que yo administré, de la hija Eugenia, que cumplirá cuatro años el próximo diciembre. Ustedes recuerdan conmigo la cena en aquella casa después de la toma de posesión: fue el gran comienzo de lo que sólo un Duque de Alba podía dar para que, de alguna manera y por su entrañable deseo, se convirtiera en "obra" académica, y nuestra Academia, seamos sinceros, se beneficiaba honda y legítimamente del título de su Director, de su presidencia del Instituto de España y de su presencia en el Consejo del Reino. Quería Alba, y por ello le debíamos muy intensa gratitud, que todo girase, precisamente, en torno a su cargo académico: "Es mi obligada respuesta a la elección", decía graciosa y cordialmente.

Durante los días anteriores al entierro, en la desolada espera del cadáver, tuve la triste satisfacción de ayudar a su hijo Carlos y a los hermanos del Duque en las inevitables complicaciones. También tuve entonces ocasión de conocer lo que, siendo distinto del palacio y del ambiente académico, es, sin embargo, insuperable de la personalidad del Duque de Alba: sus oficinas. Como académicos nos sentimos orgullosos de la obra de nuestro compañero. No sólo mantuvo el palacio de Liria como paradigma de casa inseparable de la historia de España, sino que tenía a punto de sazónada

belleza los palacios de Dueñas, Monterrey y Alba de Tormes; pero las oficinas, perfectamente funcionales, apuntan hacia otro matiz. Son oficinas perfectamente “funcionales”, modernísimas, aunque siempre, claro, un busto o un retrato bastasen para que dieran una nota “personal”. Pues bien: en ese orden, muy de hombre de negocio de hoy, estaba integrada una discretísima, silenciosa e inteligente caridad.

Bueno es evocar que el Duque de Alba fue tesorero de la gran organización benéfica de la Iglesia española: Cáritas. Yo debo recordar aquí, guardando silencio de cantidades y de nombres, cómo el Duque de Alba ejerció un inteligentísimo mecenazgo sobre artistas jóvenes. Valga un ejemplo del cual fui testigo directo: un músico joven tiene gran ocasión de estreno en importantísimo festival europeo y gracias a Alba quedan garantizados no sólo la copia del material, sino el viaje y la estancia. Conste que es sólo un ejemplo y si dijera más sería indiscreción, aborrecida por él.

Aquellas oficinas eran las de la gran empresa de la casa de Alba, especialmente de la empresa agrícola. Como sobre esto hablé mucho con él, estoy obligado a dar testimonio. El Duque de Alba era todo lo contrario del aristócrata que reside en Madrid, cobra la renta de sus tierras gobernadas directamente por administradores y va de visita a la montería. No; si tenía a legítimo orgullo el título de “empresario ejemplar” era porque lo llevaba todo, porque iba y venía y porque, lejos del criticado paternalismo, estaba montando una auténtica reforma agraria a la moderna, construida sobre la participación y sobre el diálogo.

Esas dotes de trabajo y esa capacidad de decisión las puso el Duque de Alba al servicio de la Academia; que fuera nuestro Director el Duque de Alba significaba muchísimo socialmente: era la apertura de todas las puertas. Sin embargo, no quiso dar tan sólo su nombre en los seis meses de dirección de la Academia; y nadie sabe de esto como el Secretario. No hubo día sin llamada ni lunes sin conocimiento previo del orden del día. Me contaron su viuda y sus hijos mayores, Alfonso y Carlos, que la Academia era en el hogar un tema constante de conversación. No sólo la Academia, sino las Academias; la presidencia del Instituto de España era

la garantía de que, en la inevitable e inaplazable puesta al día de los reglamentos, la tradición de autonomía y de personalidad estaban garantizadas. El lo dijo en ocasión solemne: “presencia permanente en la vida cultural, inseparable de una celosa independencia ante mucho y goloso deseo de manipulación”. Seguro de su fuerza, se lanzó a la renovación material de esta casa: seguro de su fuerza y seguro, señorialmente, de las promesas, promesas inseparables a la autoridad personal de quien hablaba en nombre de la Academia. Ha sido todo un símbolo la coincidencia de la muerte de nuestro Director con la interrupción de las obras por falta de consignación y así al duelo se une este triste panorama. Este panorama, insisto, hace el duelo más amargo y hasta irritante. No resulta fácil la esperanza, no, porque es muy cierta y muy palpable crisis y nadie la vive tan intensamente como el Secretario porque pertenece a su diaria jornada. Por eso mismo me permito humildemente desear y pedirles que la obra iniciada por nuestro inolvidable Director, por nuestro amigo entrañable, sea obra real, testamento cumplido a través de la preocupación de todos y del esfuerzo de todos. Todos deberemos trabajar por la Academia de la misma manera que nuestro Director trabajó, primero en la restauración de sus palacios y luego en esta casa, a la manera que el anterior Director, Sr. Sánchez Cantón, había definido así: “Diario desvelo, consulta reiterada, vigilancia inmediata y frecuente, sin ahorrar esfuerzos ni esquivar molestias.” He aquí el programa. No se trata tan sólo de la obra material de nuestra casa, que tantos ven ya como ruina, sino de que no sea esperanza fallida lo que dijo el Duque de Alba en su toma de posesión y que consta en acta: “Defender, salvar lo que es esencia de la historia española y marco para un digno vivir de todos los días.” Sólo así podremos tener derecho al consuelo después de tan hondísima pena.